CON
UPZ
PROPIA
Finimondo, 31 marzo 2017

¿PARA QUE SIRVE LA ENERGÍA?

Frangenti, n. 29, 3 octubre 2018

ENERGÍA Y MITOPOIESIS
DEVASTACIÓN RENOVABLE
RI-CERCA
EL TORPOR DE LA CAPILARIDAD

L.B. TRANSICIÓN DIGITAL Y DOMINIO

Tilt n. 1, 9 febrero 2018

CHISPAS, ¿TODAVÍA?

Tilt n. 2, 3 abril 2018

LUGARES COMUNES
UNIDAD DE MEDIDA
ALMA E INGENIEROS

Anarchismo n. 55, diciembre 1988

SERRANDO APASIONADAMENTE

Avis de tempêtes n. 6, 15 junio 2018

¡QUE CAMBIE EL VIENTO!
CON LUZ PROPIA
Para el funcionamiento de la sociedad actual – mover engranajes, alimentar los enchufes, tener las pantallas encendidas – hace falta una fuerza inhumana. Una fuerza que no solo hay que obtener, sino diversificar y acumular hasta el infinito para que la expansión industrial pueda continuar. Por lo tanto, quien detenta el poder político y económico debe exprimir cualquier ápice de energía del planeta atrapada en las uniones químicas de la materia, de cada una de sus fuentes: centrales nucleares que explotan la potencia de los átomos; centrales térmicas que queman toneladas y toneladas de gas y petróleo; minas que agujerean y devoran la tierra en busca de carbón; extensiones de paneles solares y palas eólicas que capturan rayos y viento, creando la ilusión de que el modo de vida actual sea reformable. Las llamadas “crisis energéticas”, mencionadas de cuando en cuando, nacen de los límites inherentes a lo que queda de la naturaleza en la loca carrera del progreso.

Toda esta energía es conducida a través enormes electroductos que permiten que una mínima parte llegue a nuestras casas. Para alimentar nuestras teles, maquinillas de afeitar, móviles, exprimidores eléctricos... y todo aquello que este mundo nos ofrece para inducirnos a creer en la imposibilidad de poder prescindir — la sugestión que vivir signifique rodearse de mercancías, sobre todo prótesis tecnológicas.

De hecho, la energía sirve casi exclusivamente para perpetuar el mundo de la autoridad, de la mercancía, de la industria, para hacer funcionar los
engranajes de las máquinas de la reproducción social, de la guerra, de la explotación.

Ante un progreso que es sinónimo de devastación, no sorprende que en el transcurso de los últimos años hayan surgido luchas contra infraestructuras energéticas por todo el mundo: contra el gas en Italia, contra el carbón en Alemania, contra la nuclear y eólica en Francia, contra el petróleo en Estados Unidos y Canadá, contra la nuclear en Finlandia, contra la hidroeléctrica en Sudamérica... Luchas en las que se han producido tanto movilizaciones colectivas como sabotajes individuales. A los corazones que laten fuera de la lógica del beneficio no les debería resultar difícil pensar que quitar el enchufe a lo que alimenta la producción de lo existente y sus relaciones sociales programadas y repetitivas, podría abrir (y abrirnos) las puertas de un mundo totalmente diverso. Si la ciencia ha sustituido a lo sagrado en la imposición de la normalidad establecida – proclamándose heredera de la infalibilidad divina con el fin de erradicar todo pensamiento crítico que se oponga a ella, amenazando con un apocalipsis nuclear en lugar del juicio final –, de ahí que causar interferencias y cortocircuitos podría constituir una nueva forma de iconoclastia contra aquello obsesivamente científico, testado, racionalizado, y por lo tanto opresivo.

Pero el instinto no puede ser la única base de nuestras pasiones. El pensamiento crea y reinventa la mirada continuamente. Crecidos en rebaño en un mundo cancerígeno, el trayecto en busca de pensamientos propios siempre debe ser reinventado y explorado. Porque mientras nos atengamos a la “realidad de las cosas” y en consecuencia este orden social sea concebido como algo natural, nos quedaremos estancadxs en la razón de Estado (o en la razón de quien quiere convertirse en Estado). Para salir de este atolladero no basta con profanar el culto definido como necesidad de progreso, sino también el
alternativo en defensa de la naturaleza. No es la excesiva contaminación provocada por algunas fuentes de energía lo que habría que cuestionar, sino un modo de (sobre)vivir que pretende un enorme consumo de energía, o bien este orden social fundado sobre la sumisión de los seres humanos a las necesidades del Dominio.

A partir de éstas consideraciones nace la urgencia de empezar a reflexionar sobre algunas cuestiones de fondo: ¿para qué sirve realmente la energía? ¿Qué motivos nos empujan a oponernos a su explotación? Si el naufragio social necesita la continua depredación de lo vivo, ¿por qué deberíamos vacilar temerosos ante la idea de cortar la energía a esta civilización?

Para afrontar públicamente tal discusión hemos decidido encontrarnos. Pero no con expertxs y científicxs convencidxs de que la fusión del átomo es la obvia consecuencia del descubrimiento del fuego ni con activistas que confunden la protesta autónoma con la lucha cívica, sino con individuos que advierten, aunque sólo sea instintivamente, que hay que detener la Megamáquina, no reprogramarla, y que esto no se conseguirá mediante peticiones. Y como no tenemos lecciones para impartir a un desde un púlpito, sentimos la necesidad de avivar las chispas del pensamiento y de la fantasía. Hemos recopilado algunos textos que abordan un asunto que afecta a todxs (este todxs no tiene nada de retórico ni de militante: la energía es dominio porque permite materialmente el funcionamiento de esta podredumbre llamada mundo) con la esperanza que su lectura pueda ofrecer elementos de reflexión (aciaraciones, añadidos, críticas, análisis) con vistas al encuentro.
Para que sirve la Energía?

"Protestan contra la energía que fluye debajo de su casa, ¡pero dentro de su casa la quieren!", chilla la conservadora burguesía nacional-popular estos días al notar lo que está alterando a una pequeña aldea en Puglia y extendiéndose al resto del país. Combates entre policías y oponentes frente al lugar de futura construcción del TAP (Gasoducto Trans-Adriático), el gasoducto de casi 3000 kilómetros que va desde Azerbaiyán hasta Turquía (TANAP, Gasoducto de Gas Natural Trans-Anatoliano), pasando a través de Grecia y Albania, cruzando el Mar Adriático para llegar a las costas de Lecce en Italia. En esta lucha donde no siempre es fácil entender dónde termina la razón y donde empieza el pretexto, Salento no está sola.

Standing Rock, por ejemplo, es una reserva indígena en Dakote del Norte en los Estados Unidos. Hythe por el contrario es una pequeña aldea que no llega al millar de almas, perdida en el norte de la región de Alberta, en Canadá. Si dejamos el Nuevo Continente para volvemos a Europa, en Alemania encontramos Niederzier, una pequeña ciudad de alrededor de 15,000 habitantes en Renania del Norte-Westfalia. En Francia nos vienen en mente varios lugares así, como Haute Durance, en los Alpes, justo en la frontera con Piemonte, en Italia. O los pequeños pueblos en Burgundy, en Haute- Vienne, en el Loire o también no muy lejos de París. Y en Finlandia podríamos citar Pyhäjoki y el Golfo de Botnia.

¿Qué podría estar conectando todos estos puntos geográficos? No sólo es el hecho de que también allí estén siendo construidas —o ya en funcionamiento desde hace años, como en el caso de Alemania—, estructuras para la explotación de los recursos energéticos, sino también que todos esos proyectos diseñados e impuestos desde arriba se están encontrando con una fuerte resistencia desde abajo, con formas de lucha que a menudo rompen con la ansiedad del disentimiento legal, estallando en abierta revuelta (de la tristeza de las peticiones a la euforia del sabotaje). Ahora, como un sinónimo para el poder que permite a la vida manifestarse a sí misma, la energía casi nunca corre el riesgo de ser puesta en discusión.
Todo el mundo la quiere, porque a nadie le gusta la debilidad, el inmovilismo, la parálisis (que viene junto con una falta de energía). Esto hace que la acumulación de energía, la localización y explotación de sus fuentes, se perciban universalmente como un hecho evidente, siempre positivo y que por lo tanto merece la pena. Una puede criticar el uso de un cierto tipo de energía considerada contaminante y peligrosa – como la energía nuclear – pero no la necesidad de energía como tal. Y esto explica la razón por la que, por un lado, muchas opositoras tienden a criticar la arrogancia decisional y las opciones técnicas relativas a varios proyectos energéticos en lugar de criticar su objetivo; y por otro lado, que las partidarias de tales proyectos se sorprendan cada vez que una se atreve a oponerse a lo que a sus ojos representa más o menos la continuación de la vida en la Tierra.

En los Estados Unidos y en Canadá, por ejemplo, el objetivo de las protestas es un oleoducto. Contra el Dakota Access Pipeline (DAP), cubriendo los 2000 kilómetros de distancia entre el norte de Dakota e Illinois, muchas tribus piel roja, empezando por las Sioux, declararon la guerra. Aparte de las habituales peticiones y apelaciones a las autoridades (el septiembre pasado, hubo no menos que 33,000 de estas), el pasado abril, las descendientes de Toro Sentado establecieron un campamento que querían que fuese un centro para la conservación cultural y la resistencia espiritual contra el oleoducto, al que se unieron miles de manifestantes (con muchas blancas entre ellas). Y allí, en la convergencia de dos ríos – en un lugar que muchas tribus piel roja consideran sagrado – se llevaron a cabo varias manifestaciones, terminando con enfrentamientos violentos con la policía. Parece que los Sioux están contra el paso del oleoducto por su territorio porque destruiría los lugares históricos y religiosos que son importantes para su historia y porque comprometería sus reservas de agua. La tribu tampoco habría sido consultada. Por otro lado, la Energy Transfer Crude Oil insiste en que este oleoducto – a parte de ser un sistema para transportar petróleo más seguro, ecológico y económico – ayudaría a los Estados Unidos a ser menos dependientes de regímenes políticamente inestables y crearía miles de puestos de trabajo.
Al otro lado de la frontera, en Canadá, el 15 de enero de 2017 alguien usó los motores del lugar de las obras para excavar y destruir una sección de otro oleoducto en construcción, causando daños de alrededor de 700,000 dólares (pero sin causar derrames tóxicos). La región de Hythe es una zona de ricas tradiciones, donde en las últimas décadas cientos de acciones directas tuvieron lugar contra los oleoductos y el petróleo. Justo en las afueras de Hythe vivía una comunidad cristiana dirigida por Wiebo Arien Ludwig (el John Brown de la lucha contra la industria del gas y el petróleo), quien murió de cáncer en 2011 tras haber atravesado varias calamidades judiciales (sospechoso de ser el autor de acciones de sabotaje, fue arrestado mientras compraba dinamita a un policía infiltrado). Hace un mes, tras el último sabotaje, un oficial de la Canadian Association of Energetic Pipelines (Asociación Canadiense de Tuberías Energéticas) señaló tristemente que “a pesar de la presencia de personal de seguridad, si una o más individuos ahí fuera quieren causar daño, pueden entrar y hacer su acción mientras los agentes de seguridad están al otro lado”.

En Westfalia, en los alrededores de Niederzier, encontramos la notoria mina de Hambach. Lignito, o carbón marrón, no petróleo. Activa desde 1978, Hambach, con sus 34 kilómetros cuadrados y su profundidad de 450 metros, es el mayor agujero hecho por la mano humana en Europa. A través de los años, en esa zona, pueblos enteros han desaparecido de la faz de la Tierra, devorados por la industria del carbón – hoy considerada incluso más necesaria para evitar el uso de energía nuclear – y ahora, su expansión posterior está amenazando también el bosque homónimo por el cual muchas personas se están movilizando. Algunas construyen pequeñas casas en los árboles y viven allí para impedir la tala del bosque, otras se dedican a otras actividades de perturbación. El 25 de noviembre de 2016, por ejemplo, algunas personas esperaron por la cobertura de la noche para atacar con fuego algunas estructuras de la multinacional energética RWE en los alrededores de la mina. Y a comienzos de enero de este año, las vías de tren de la mina ardieron en llamas. Mientras tanto en Francia, líneas de alta tensión así como parques eólicos han sido puestos en cuestión. En Haute Durance, una ha perdido la cuenta de las numerosas acciones de sabotaje realizadas en los últimos años para protestar contra un proyecto
que según la RTE (Red de Transporte de Electricidad) realizaría un auténtico milagro: mediante la construcción de dos nuevas líneas de alta tensión, con cientos de postes, logran garantizar no solo el desarrollo de proyectos de energías renovables, sino también la biodiversidad de la zona (¡sic!).

La dependencia del poder nuclear juega un importante papel también en la construcción de parques eólicos, planeados en muchas zonas de Francia (como aquellos ya funcionando en Puglia y muchos otros sitios de Italia). Pero también en este caso, no faltan protestas y acciones directas dejando atónitas a las partidarias de las llamadas energías limpias. Como las oficiales de la compañía Euron, una multinacional explotando la granja eólica en Saint-Suplice Les Feuilles, que está enfrentando “una oposición principal de personas con falta de argumentos, mientras jugamos las cartas de la transparencia y la información”. Promueven una fuente de energía renovable, no contaminante, y por lo tanto no entienden por qué en todo el país están teniendo lugar ataques contra las torres construidas para medir el viento: en la noche entre el 4 y el 5 de abril de 2016, la torre de Fertrè fue derribada en la región de Amognes, construida por VSB en la propiedad del alcalde del pueblo; entre el 31 de octubre y el 1 de noviembre, se derribó la torre de Châtenay-sur-Seine, construida un año antes por la compañía Neoen; una noche más tarde, la torre de la compañía Abowind en Doizieux fue destruida (por segunda vez en pocos meses). Según el alcalde de este pueblo, fue “un acto de vandalismo cometido por un pequeño grupo de personas totalmente irresponsables que no tienen otra razón para existir que la intolerancia y la violencia que exhiben”. Más recientemente, en la noche del 11 al 12 de febrero de 2017, el “Colectivo de Acción Disidente Viento de Rabia” derribó una torre eólica en Savigné, propiedad de la empresa RES.

Hablando de Finlandia, no todo el mundo está preparado para permitir a Fennovoima – compañía de la compañía estatal rusa Rosatom, la única empresa en el mundo capaz de suministrar cada uno de los elementos para la energía nuclear – para construir la planta de energía nuclear de Hanhiviki en el Golfo de Botnia, un proyecto en el cual están involucradas varias corporaciones internacionales. Aparte de acampadas de protesta, y
después de una acción de sabotaje contra maquinaria pesada en el sitio de construcción en Pyhäjok en junio de 2015, durante la primavera de 2016 el fuego primero destruyó vehículos de la empresa responsable de la seguridad de la obra y luego bloqueó la carretera de acceso para expresar el rechazo a cualquier diálogo, a cualquier debate, a cualquier negociación.

Obviamente todas y cada una de las que se oponen a todos los diversos proyectos energéticos en construcción alrededor del mundo tienen sus propias buenas razones para luchar, desde la conservación de sus tradiciones a la conservación de la naturaleza y de la vida en sí misma. Pero existen también más asuntos universales que rara vez son tenidos en consideración ya que pondrían en tela de juicio a la propia civilización en la que vivimos. De una vez por todas: ¿Qué propósito tiene toda esta energía en la sociedad actual?

Cuando funcionarias del Estado y administradoras delegadas de las multinacionales hablan sobre energía y la necesidad de encontrar nuevas fuentes – sean nucleares o eólicas, de carbón o gas – ¿de qué están hablando realmente? ¿Por qué razón se preparan para extraer 7400 millones de barriles de petróleo de la Formación Bakken en Dakota del Norte, o para extraer cada año 30 millones de toneladas de carbón en la mina de Hambach? ¿Están preocupadas de que no se pudra la comida de nuestros frigoríficos, de que no se vaya la luz de nuestras casas, de que nuestras tareas diarias no se vean dificultadas, de que el combustible para la explotación y el control nunca falte? Esta es una de las banalidades que, como nos acompañan 24 horas al día, una tiende a olvidar: el propósito de la energía es hacer funcionar este mundo, un mundo que ciertamente no está hecho a medida del ser humano. Quizá la mejor manera de entender esto sea echar un vistazo a la historia de la energía.

Es una historia que se transmite a partir de una mentira, la mentira sobre las transiciones energéticas. Estas transiciones no existen, nunca han existido. No se ha pasado de la madera al carbón, del carbón al petróleo y del petróleo a la energía nuclear... La historia de la energía no conoce transiciones, solo adiciones. Esto enmascara otra mentira, la mentira de que las fuentes de energía alternativas evitan el uso de recursos
contaminantes. En realidad, nuestra civilización tiende a acumular, no a sustituir. El hecho de que algunos gobiernos eviten el uso de una fuente de energía en particular, ciertamente, no sale de preocupaciones éticas, sino de elecciones estratégicas. Alemania, por ejemplo, aunque el país es uno de los líderes en el sector de la energía solar y (por el momento) intenta no usar energía nuclear, es el mismo tiempo un enorme productor global de energía con carbón, altamente contaminante (la mina de Hambach está considerada como la tercera mina más dañina de Europa). Y durante todos estos años el consumo de carbón, aunque inferior al de petróleo, no ha hecho más que aumentar. Hoy se quema más carbón que en el pasado.

Históricamente, las transiciones/adiciones energéticas no obedecen a una lógica interna de progreso (los primeros motores de vapor eran muy caros e ineficaces) y ni siquiera a una lógica de superación de la escasez (los Estados Unidos eligieron el carbón incluso si poseían enormes bosques). Son siempre las lógicas de poder las que prevalecen, las elecciones políticas y militares. El caso del petróleo es emblemático en este sentido. Su principal papel está realmente conectado con la hegemonía de los Estados Unidos. Durante el Siglo XX, el coste del petróleo ha sido siempre más alto que el del carbón, tanto en Europa como en Estados Unidos. Su ascenso por tanto sería inexplicable desde un punto de vista solamente económico. El carbón es más barato, pero tiene una gran desventaja: tiene que ser extraído de las minas pieza por pieza, cargado en convoyes, transportado en ferrocarriles o barcos, luego cargado en altos hornos que tienen que ser alimentados, vigilados y limpiados. Esto significa que el carbón da a la gente que lo extrae –las mineras– la posibilidad de interrumpir el flujo de energía que alimenta la economía. Sus reclamaciones, por lo tanto, no podrían ser ignoradas por la clase dominante, la cual a finales del Siglo XIX vio en las luchas de las mineras el fermento que llevó al desarrollo de sindicatos y partidos de masas, a la extensión del sufragio general y a la adopción de leyes de seguridad social.

La “petrolización” del mundo por tanto corresponde a un intento, por el gobierno de los EE.UU., de debilitar a los movimientos de trabajadoras. El petróleo es extraído en la superficie, es más fácilmente controlable y transportable, requiere menos trabajadoras y con tareas más diversificadas
(lo que obstaculiza la formación de organizaciones de trabajadoras fuertes). Una de las metas del Plan Marshall fue exactamente alentar a los países europeos – infestados con el virus subversivo que condujo a numerosas insurrecciones en la primera mitad del siglo pasado – a abandonar el carbón en virtud del petróleo. Para este fin se destinaron fondos sustanciales a la construcción de refinerías.

La energía consumida por individuos particulares en sus casas, tan presente en los anuncios de las corporaciones energéticas, es totalmente irrelevante comparada con la energía que necesita la industria militar y civil. Una sola empresa es capaz de consumir cada año una cantidad de energía igual a la cantidad usada por las habitantes de toda una ciudad en sus casas. Por no hablar de la guerra, que devora energía en dimensiones inimaginables. Durante la Segunda Guerra Mundial, cada soldado americano consumía un galón de petróleo (3,7 litros) al día, lo cual aumentó a 9 galones (33,3 litros) durante la Guerra de Vietnam, luego a 10 galones (37 litros) durante la Tormenta del Desierto y luego a 15 (55,5 litros) durante la Segunda Guerra del Golfo. Las nuevas máquinas de guerra quemaban tanta energía que su consumo no es medido en litros por cada 100 kilómetros, sino en litros por hora. Un avión de combate F-15 quema 7000 litros de queroseno por hora, un bombardero B-52 quema 12,000. En 2006, la Fuerza Aérea estadounidense consumió 9620 millones de litros de queroseno.

Estos son ejemplos y consideraciones que nos llevan a reflexionar sobre algunas cuestiones más fundamentales: ¿Qué propósito tiene realmente la energía y quién se beneficia de su obtención?

Que el mundo está balanceándose en el borde del abismo es una conciencia, o incluso solo una intuición, que está extendiéndose cada vez más y que ninguna anestesia mediática-tecnológica puede detener. Con todo horizonte revolucionario cancelado en la historia, frente a una humanidad en decadencia – y a merced de guerras, catástrofes, epidemias, éxodos y tal – solo aparece la extinción, la cual se hace probable incluso para las expertas más optimistas. No hay botes salvavidas en nuestra titánica sociedad. Para aquellas que no quieran gastar sus vidas con
plegarias o indiferencia, como para aquellas que no pretenden capitular frente al fatalismo, no hay duda: _bloquear__ício todo es lo mínimo que una puede intentar._

Las luchas en marcha alrededor del globo contra la explotación de los recursos energéticos no solo plantea la pregunta, sino que también ofrece una posibilidad. La multiplicidad y las contradicciones de sus motivos no deben engañarnos. Sí, en comparación con el pasado, en el tercer milenio se ha vuelto posible que el deseo de subversión se encuentre con la esperanza de sobrevivir en el mismo terreno, el terreno que quiere impedir y detener la reproducción técnica de lo existente. Pero también es un encuentro que se convierte en un choque, porque es evidente que una _parte del problema no puede ser al mismo tiempo parte de la solución_. Para vivir sin toda esta energía requerida solo por las políticas y personas medias, necesitas querer vivir sin aquellas que buscan, explotan, venden y usan la energía. Las necesidades energéticas de toda una civilización – del dinero y del poder – seguramente no pueden ser puestas en cuestión sólo por el respeto a los olivos centenarios y a los ritos ancestrales, o para salvar bosques y playas que ya están en gran parte contaminadas. Solo _otra_ concepción de la vida, del mundo, de las relaciones, podría hacer esto. Solo esto puede y debe poner la energía en cuestión – en su uso y sus requisitos, y por tanto también en su estructura – y al hacerlo, poner en discusión a la propia civilización en sí misma.

Y esta es la pesadilla de cualquier persona del poder, preocupada por sus privilegios e ingresos. No es una coincidencia que las burócratas de la Unión Europea hayan declarado la energía como uno de sus puntos más sensibles: las fuentes de energía son “infraestructuras críticas” que tienen que ser defendidas a toda costa. Por ese motivo el gobierno italiano declaró el _TAP_ como un proyecto “estratégico”. En un cierto sentido, el poder sabe que los seres humanos podrían vivir (incluso mejor) sin toda esta energía, pero el Estado no.

Si se privase a este mundo de la energía que lo perpetúa, ¿qué ocurriría?, ¿el apocalipsis que las guardianas del orden juran que estallará cuando la industria y las mercancías estén bloqueadas, con sus series repetidamente
evocadas de violación, linchamiento y masacres varias, o podría surgir otro modo de vida, uno más simple y atento? Así como no nos harán aceptar el Estado ondeando la necesidad de organización social, o aceptar el trabajo con la necesidad de actividad, en el mismo sentido, la necesidad de energía no debe hacernos aceptar plantas nucleares o granjas eólicas, pozos de petróleo o gasoductos. No se trata de dar energía limpia o económica a esta sociedad de muerte – el único problema que excita a las abogadas ciudadanistas del decrecimiento –, se trata de detenerla.

Cortar la energía, luchar contra las viejas y nuevas fuentes de energía no significa que una quiera empujar a la humanidad a un oscurantismo sombrío: por el contrario, es una apuesta por un futuro finalmente liberado del chantaje de la supervivencia y de las órdenes de las políticas y de la economía, que se descubre bajo el signo de la autonomía para todas y cada una.

*Enemigxs del TAP*

**Lugares comunes**

Todxs nosotrxs hemos nacido y crecido en un mundo de supermercados y bancos, comisarías y tribunales, donde hacer cola y pedir permiso. Pero, ¿estamos realmente convencidxs que sea la única posibilidad? Parece que sí, si consideramos la reacción que provoca quien desafía ciertos lugares comunes.

Por ejemplo, si alguien pone en duda la necesidad del Estado, se vuelve sospechosx de querer violaciones y homicidios a la vuelta de cada esquina. Sin embargo una organización social basada en la autonomía y la responsabilidad de cada individuo favorecería la disminución de los “delitos”, no su incremento. Por otro lado, la ausencia de fuerzas de seguridad empujaría a las personas a aprender a defenderse por sí mismas, no a quedar a merced del abuso. Además, el Estado no puede impedir que ocurran, como mucho puede tratar de punirlos (siempre y cuando no los cometa su propia gente).
Si alguien cuestiona la necesidad del trabajo, es ridiculizadx por querer vivir tumbadx, esperando que un fruto maduro le caiga en la boca. Si embargo el trabajo no es sinónimo de actividad humana, así como Estado no es sinónimo de organización social. El trabajo es la explotación de la actividad humana, es su reducción a la producción de mercancías y servicios. El trabajo casi nunca se elige, se acepta en base a la oferta, incluso los mas dañinos e sin sentido. Se produce mercancía caduca y se prestan servicios mediocres. Se trabaja solo para obtener dinero con el que comprar mercancías caduca y contratar servicios mediocres. Trabajo es como se llama a cuando la actividad humana se prostituye a la economía de mercado con tal de sobrevivir.

Si alguien pone en duda la necesidad de centrales de carbón y gasoductos, de parques eólicos y solares, es acusadx de querer causar la muerte de lxs enfermzxns en hospitales o de querer que los sanos vivan en la incomodidad. No obstante, la energía necesaria para que el ser humano viva (incluso bien), es una mínima parte de la que se produce: en su mayoríá sirve solo para hacer negocios, política y guerras.

No necesitamos al Estado, podemos auto-organizarnos sin que otrxs vengan a hacerlo. No necesitamos el trabajo, podemos construir y crear sin tener que producir por cuenta ajena. Y no necesitamos grandes cantidades de energía, podemos vivir sin tener que saquear y degradar el planeta que nos aloja.

Lo único que hay que hacer es salir de los lugares comunes.

**Energía y mito( poiseis)**

Producir energía y hacer funcionar este mundo se han convertido en un *mito*. Desde lxs conservadorxs hasta lxs presuntxs izquierdosxns de revolución a golpe de reforma, pasando por lxs intelectualoides democrátxcs y lxs estrategas de la pacificación social. Todxs partidarixxs de cualquier representación, un mito no se discute, un mito es. Por eso el gris
de las peticiones de oposición legal se encuentra con el tumulto del sabotaje que tiende a la utopía.

Cortar la corriente a la proliferación de viejas y nuevas fuentes energéticas no significa oscurantismo, sino poner en el centro las relaciones de reciprocidad y la autonomía de cada unx, para destruir los chantajes de la supervivencia y de la disciplina vertical, impartidos por la política y la economía.

La experiencia humana es mutilada por momentos fugaces, debidamente controlada, gestionada y registrada en bases de datos informáticas que necesitan gran cantidad de energía. En la era electrónica de navegar en internet, el viaje es estático. Si el naufragio social necesita requiere la devastación de toda posibilidad de vida interior y experiencia singular, ¿por qué temblar ante quien osa sugerir cortar la energía a esta civilización? Existen conflictos inherentes a la construcción de catedrales energéticas para la explotación de los recursos, pero esta centralidad no es todo. La producción, el almacenamiento y el transporte de energía, y del mundo belicista que fomenta, dependen irremediablemente de toda una serie de instalaciones técnicas e infraestructuras presentes a lo largo de vastos territorios. ¿Puede favorecer la mirada y las acciones de pequeños grupos incontrolables?

El mito de la energía hace alusión a una felicidad ficticia y se revuelca en la ficción, eficazmente para su artificio. La energía que permite funcionar a la explotación se sufre y se reproduce.

La vieja fábula del determinismo se ha sustituido por la narración mitopoiética, de la que nadie está excluido. Entonces solo nos queda oponernos con una tensión utópica que estimule la acción aquí y ahora, vislumbrando algo gratificante, basado en el pensamiento. Para no entregarse a la sugestión, sino a la reflexión de otra forma de interpretar el concepto de energía. Para abatir los muros y las conexiones del realismo.

Una mirada desviada para escapar de la hipnosis de la energía. Atacar la somnolencia del uso y la erosión de esta existencia, cuya intensidad arremete furiosamente contra la distancia que nos separa de los seres y de las cosas, no para abolirse, sino para revelarnos la singularidad de lo vivo
ligado a un sueño de rotura, destruyendo lo que nos destruye. Una mirada demasiado apasionada como para no abandonar ciertos mecanismos, demasiado sensible como para no poder ser representada, demasiado poética como para quedarse en burda propaganda. Mirar más allá, para dar vida a aquello que todavía no hemos explorado ni previsto.

Devastación renovable

De hecho, es imposible afrontar la cuestión energética sin poner en discusión todos los aspectos de nuestra vida. Desde las prótesis tecnológicas (smartphone, tablet, etc) alimentadas día a día, a los flujos energéticos que mueven la industria civil, la investigación y la guerra, en un engranaje perfecto que no deja ver las fisuras. Y en todo esto, a los ecos lejanos que invocan la inexorable necesidad de producir energía –no solo energía, sino siempre mas energía: la necesidad no solo no descansa nunca, sino que crece cada día! – responde al miedo al vacío. ¿Cómo existir sin energía? Un pensamiento inusual a descartar; mejor alejar la amenaza de lo desconocido y tranquilizarse en el hecho de tener tantos recursos energéticos, destinados incluso a aumentar en variedad, ya que los que se han usado siempre de manera generalizada se están agotando.

El viejo cuento según el cual las fuentes de energía se van sustituyendo (de la madera al carbón, del carbón al petróleo y al gas natural; del petróleo a la nuclear o una vez mas, del petróleo a las llamadas renovables) no da cuenta de la complejidad real. Y de hecho, tergiversa la visión: saber que Alemania, uno de los países a la vanguardia en la producción de energía con fuentes renovables como la eólica, es también uno de los mayores productores de energía a partir del carbón. Con su famosa mina de Hambach, no debería sorprender ni plantear cuestiones espinosas. La ética y la persuasión de la sostenibilidad tienen poco que ver con éstas elecciones aparentemente contradictorias. La pretensión de fuentes renovables no es más que una pretensión aleatoria. Para ser construidas, las mismas instalaciones verdes requieren la extracción de materiales nocivos que luego tienen que ser
eliminados, como en el caso de los paneles solares por ejemplo, durante un largo periodo de tiempo, produciendo así una recirculación de contaminantes.

Por eso nada que decir si una empresa como ENI – que devasta casi 27.000 km² de desierto y tierras en Libia con la explotación intensiva de yacimientos de gas – se dedica a la sharing economy para lavarse la cara poniendo a disposición vehículos de bajo impacto ambiental que pueden alquilarse por poco dinero. Nada que decir si la construcción de un reactor de fusión nuclear en Frascati podría conducir a la producción inagotable de energía “renovable y segura”: renovable como la basura radioactiva que nunca se agotarán y nos acompañará durante siglos; y segura como los que no han olvidado Chernobyl ni Fukushima.

No nos sorprendamos: para hacer funcionar la gran máquina no caben contradicciones, la coherencia solo es un constructo. La devastación ya no es una amenaza sino la realidad, lo que es el Estado y lo que, inexorablemente será.

A Stephen, muerto hace algunas semanas en el bosque de Hambach.

**Unidad de medida**

Hywind, en Escocia, es el primer proyecto de parque eólico flotante construido por Statoil, proveedor del TAP, segundo proveedor de gas en Europa, forma parte del consorcio de Shah Deniz en Azerbayán, principal operador petrolífero en el Atlántico. Stanoil realiza grandes inversiones en energías renovables, concretamente en energía eólica marina al norte de Europa. Es más, considera la eólica marina como la próxima frontera para la producción de energía y los motivos son evidentes. La finitud de las materias primas fósiles ha provocado que la búsqueda espasmódica de producción de energía explote otras fuentes, y lo haga con avanzadas tecnologías que se perfeccionan continuamente. Las fuentes denominadas
renovables se añaden a las tradicionales. ¿Y esto por qué? Uno de los motivos nos lo muestra la misma Stanoil.

El parque eólico de Hywind cuenta con una nueva solución de almacenamiento de energía con baterías (Batwind). Su capacidad de almacenamiento equivale a mas de 2 millones de iPhones, según los datos ofrecidos por la multinacional noruega. Dato a subrayar por varios motivos. Cuando se publicitan nuevos modelos de coche, tecnologías o electrodomésticos, con frecuencia también se publicita su capacidad de ahorro energético, pero estos datos no tienen en cuenta ni la vida de esos productos ni el consumo energético en su conjunto. La producción, la vida y la eliminación de las numerosas mercancías y de los dispositivos tecnológicos que invaden la vida cotidiana, tienen un impacto devastador sobre la naturaleza que nos rodea. Considerar los iPhones como unidad de medida ayuda a comprender para que sirve gran parte de la energía producida y que mundo se proyecta y se construye. Oponerse a un gasoducto sin oponerse a las llamadas energías "alternativas" resulta ser una falsa solución.

**Ri-cerca**

*Este es un laboratorio de 'ri-cerca' [investigación]. ¿'Ri-cercare' quiere decir 'cercare' [buscar] de nuevo? ¿Quiere decir que están 'cercando' algo que una vez encontraron, que de una u otra forma se les escapó, y ahora deben 'ri-cercarlo' [volverse a buscar]? (...) ¿Qué pretenden/ tratan encontrar de nuevo? ¿Y quién lo ha perdido?*  
K. Vonnegut

¿Qué es lo que alimenta las grandes mentiras de nuestro tiempo y qué las legitima? Todxs estamos tan ciegxs como para aceptar, por ejemplo, la falacia de la energía nuclear "renovable y segura"? ¿No hemos aprendido nada? Para que este estado de eterno asombro se perpetúe en el tiempo, hay que tener en cuenta la existencia de una cultura de la devastación llevada a cabo por sus especialistas, producida continuamente por universidades y centros de investigación: investigadorxs experimentales, científicoxs de diversas áreas, y técnicoxs del sector. Autorxs de una
destrucción que en nombre del fantasmal progreso (la nueva religión contemporánea en salsa laica), se postran a los pies de las exigencias de este mundo. Gracias a su trabajo intelectual, a sus inocuos modelos a escala y a sus equipos, legitiman el pillaje de tierras y recursos, especialmente allí donde la vida de las personas tiene menos valor. Garantizando así la existencia de un poder tecno-científico que mueve la economía y genera trabajo a golpe de guerras y bombardeos, modificación genética de formas de vida, envenenamiento en masa, tanto del planeta como de los seres que lo habitan.

Conseguir ver solo lo negativo de la investigación, aunque sea más difícil de lo que parece. Las bombas nucleares lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, por ejemplo, según muchxs solo son ejemplos de un mal uso de la investigación en fisión nuclear: ¿quién hubiera pensado en este empleo cuando esos mismos datos pueden dar vida a reactores que producen más energía para todxs? Para todxs... A menudo se omite que ese ámbito cuantitativo de energía no responde tanto a las exigencias de consumo de una persona cualquiera como a alimentar la economía, la infraestructura y el aparato militar, que nunca descansan. Consumen y contaminan sin parar, manteniéndose en forma para la próxima catástrofe anunciada.

Solo es un mal uso de la ciencia, se decía. En cambio, un buen uso de la ciencia invierte en las llamadas fuentes renovables (energía solar, eólica, hidroeléctrica, geotermia, etc) porque después de haber saqueado durante siglos el subsuelo, sobreexplotado yacimientos de hidrocarburos, excavado minas para obtener litio y coltan necesarios para conservar toda esta energía, necesitaremos acudir a algo inmerecido, (como nosotrxs pretendemos ser). Del mismo modo, para la vida, es un buen uso de la ciencia el modificar genéticamente maíz y otras semillas para que las cosechas sean más productivas, porque, como se sabe, después de haber dejado infértil la tierra sometiéndola a ritmos de producción innaturales, tendremos que seguir comiendo. Y vale para todos los seres de este mundo.

Una tímida advertencia que se remonta a algunos siglos atrás: "No siempre lo que viene después es progreso"... ¿Estamos listxs para avanzar, imaginando un sabotaje de este presente?
Serrando apasionadamente

En cuanto militantes de “profesionalización popular” queremos responder a vuestras preguntas sobre cómo abatir los postes de la mafia del átomo.

La mejor forma es la siguiente:

– Se necesitan 6 sierras de mano con el mango de hierro en paralelo a la sierra (ventajas respecto a la fresadora: más fácil de transportar, hace menos ruido, es mucho más barata; desventajas: se tarda más).

– Además se necesitan: 6 botellas de aceite de 100 ml, 15 hojas de sierra de repuesto (con lámina reforzada), 2 linternas de bolsillo con pantalla de luz lateral, algo para marcar las partes a serrar, 1 pañuelo (sobre el que cambiar las hojas de sierra), 1 tronco de árbol de unos 2 m. de largo por 15 cm de diámetro, calcetines de invierno grandes para ponerse sobre el calzado, guantes.

Aconsejamos la siguiente receta:

1) Marcar todas las partes a cortar, serrar todas las traviesas inferiores que unen los cuatro pilares principales (a la misma altura del corte que se hará después sobre los pilares principales).

2) Serrar un tramo en forma de cuña en los dos pilares situados en el lado de la dirección de caída (los pilares elegidos deben ser paralelos a los cables de corriente). Para las cuñas, serrar primero en diagonal en la dirección de caída (de unos 30 grados) hacia abajo. Desde un ángulo de 90 grados continuar serrando horizontalmente. Completar el corte y después serrar los dos pilares en horizontal, a unos 15 cm por encima del corte oblicuo. Usar la sierra entre dos, utilizando ambas manos (solo hay que apretar al empujar la sierra: cuesta menos y hace menos ruido).

3) Una vez cortados los pilares, recoger todo y alejarse unos 150 m hacia el lugar por donde nos iremos. Dos o tres personas se quedarán cerca de la torre. Con la ayuda del tronco quitad las cuñas de los pilares. Con la primera no sucede nada. Cuanto caiga la segunda es el momento de alejarse en la dirección opuesta a la de caída (a pequeños pasos, con un pie siempre en contacto con el suelo). La torre caerá hacia donde hayamos cortado los pilares.
4) El tiempo de caída es como poco de dos segundos. Los cables caen con la torre. Manténganos inclinados y bien estables, no hagáis movimientos bruscos. Cuando el cable toque el suelo se produce un cortocircuito.

En caso de lluvia desaconsejamos la acción, ya que la conductividad del agua la haría demasiado arriesgada. Calculad el tiempo con un buen margen, no es una acción de 5 minutos. Consideramos que la fase peligrosa es el corte de los pilares.
* publicado en 1988. Las torres han cambiado y por lo general suelen estar más reforzadas, pero como fuente de inspiración consideramos que sigue siendo válido. De hecho, algunos sabotajes recientes contra líneas de alta tensión en Suiza y Francia se han llevado a cabo con sierra y pasión...

A. M. Bonanno, responsable de la revista Anarchismo y de la homónima editorial, fue juzgado y condenado en relación a la publicación de este artículo. En aquella época, en el contexto de la lucha anti-nuclear, se derribaron más de 400 torres de luz.

El torpor de la capilaridad

La indivisibilidad del aparato Estatal y la hidra tecno-económica está ligada a la cuestión energética, considerada indispensable. La búsqueda, la gestión y la posesión de las fuentes energéticas dictan el ritmo de la guerra. Economía y guerra están intrínsecamente ligadas, donde la tecnología es el Leviatán que determina el totalitarismo de la depredación. Para hacer posible la producción y el abastecimiento de cualquier ciudad, con sus innumerables aparatos tecnológicos y la cantidad de energía que necesitan es necesario destruir de lo que queda del mundo natural para el suministro de recursos energéticos, construyendo gasoductos, polígonos industriales eólicos, centrales nucleares, líneas de alta tensión y grandes extensiones de paneles solares. Sostenibilidad se vuelve una palabra vacía, un despropósito respecto a su significado. La neolengua de la técnica y y la mistificación al servicio de esta civilización pretenden esconder el olvido de la supervivencia. Así es como la eterna represión y el sopor emocional mantienen un sistema suicida. Esta sociedad no tiene nada de sostenible: se trata de la nefasta gestión capilar de la catástrofe. Se podría poner en cuestión esta sociedad con unas simples preguntas: A día de hoy, ¿a quién y para qué sirven todas estas energías? ¿Sirven para encender nuestros deseos? ¿O más bien están al servicio de la producción de mercancías, de la maquinaria bélica, de la explotación y del aparato de control?. En la muerte de la vida, una quisquilla nos conduce habitualmente: la energía sirve para
hacer funcionar este mundo, no ayuda a lo vivo a estar en armonía con lo que le rodea.

La repetición de este mundo energético se basa en una mentira: no existe ninguna transición de energía sucia a energía limpia. El carbón no ha sustituido a la madera, el petróleo no ha reemplazado al carbón, la nuclear se contrapone al petróleo. La historia de la explotación de los recursos energéticos no conoce mutaciones sino sumas y añadidos. La civilización tiende a acumular, no ha sustituir. La consigna es la capilaridad: diversificando e incrementando para hacer frente a los picos de consumo, que por razones técnicas y de su forma de explotación, no pueden afrontarse solo con un tipo de producción energética. Las llamadas renovables están al servicio de la continua explotación de la tierra. La economía verde es la nueva frontera de sangre roja.

Como ha puesto de relieve la lucha contra lo nuclear, la energía es el soporte fundamental para fortificar la sociedad tecno-industrial. La energía se manifiesta en producción. La producción convierte todo en mercancía. Ese todo significa potencia. La potencia permite la guerra. La guerra es poder. Como decir, la energía es dominio.

Transición digital y Dominio

Otras veces se ha afrontado el concepto de como la idea de transición energética sea más un modo de narrar el mundo que de describirlo. No porque sea imposible una objetividad en este proceso, sino por lo que respecta a las transformaciones y al progreso, lo que se nos dice acerca del mundo y de sus transiciones es una mistificación.

Recordando que si energía significa producción, la producción permite el beneficio a través de la mercantilización. Si energía significa potencia, la potencia permite la guerra, y guerra significa poder. Por lo tanto, ¿por qué sustituir las fuentes de poder si se puede añadir poder al poder?
Sin embargo, hay que tener en cuenta otro elemento. Este mundo está impregnado por la ambición y el afán de acumulación cuantitativa. Bien sea potencia económica, posibilidad de ejercer legítimamente la violencia o bien sea capacidad de controlar y multiplicar la energía o fuerza para modificar la naturaleza, el fin último de nuestra organización social sigue siendo aumento, potenciación, reforzamiento, acumulación. Tomen nota lxs partidarixs del decrecimiento feliz.

Y esto lo constatamos en todas partes: si el objetivo del modo de producción capitalista es aumentar el Capital, para el Estado es vital la posibilidad de incrementar la potencia militar, el territorio y la propia población consiguiendo mantener firmemente el gobierno y el control. La masa a la que los individuos han dado cuerpo (el suyo), que “elige” organizarse en la estructura social del Estado, no niega en esto su naturaleza de masa, es decir, su búsqueda insaciable de crecimiento, de dominio, de conquista de la totalidad. La intención de esta masa sigue siendo la de resolver los conflictos trámite la absorción de toda diversidad, hacia una homologación de las formas de vivir y de relacionarse dentro del propio sistema moral y de valores. El Sistema Técnico y el mundo tecnológico que produce también contienen en si mismos la dimensión de Dominio en forma de su voluntad de potenciar de forma cuantitativa indefinida e incondicionada la capacidad de realizar objetivos. La tecnología plantea actualmente la hipoteca más fuerte sobre la posibilidad de determinar el futuro devenir del mundo en que vivimos. Saber que un planeta material es finito está en contraposición al continuo aumento de dominación y acumulación de poder, transmitido por la idea de un continuo progreso tecnológico que haga factibles posibilidades hasta ahora inimaginables.

Es a partir de las sinergias y entrelazamientos entre Sistema Técnico, Estado y Capital, y de sus contrastes e incompatibilidades, que toma forma nuestro modo de concebir la realidad social circundante y nuestro vivir en relación a ella y con otros seres humanos. Cuando algo coge forma a partir de una tensión jamás disimulada ni agotada hacia el Dominio, entonces la mercantilización, la sumisión violenta y la transformación utilitarista de la realidad no pueden sino estar a la vuelta de la esquina. Lo existente, la realidad que vivimos, es el fruto materializado de la superposición y la
intersección de estos sistemas de poder enmarañados en un sistema global de Dominio.

Alguien decía que en Auschwitz e Hiroshima (más bien todo el Proyecto Manhatten) se condensó nuestro mundo y el sentido que estaba adquiriendo la modernidad. ¿Y qué mejor lugar para encontrar la combinación entre guerra, desarrollo técnico y explotación de otros seres humanos que en estos dramas? Por un lado bajo la dictadura, por otro en democracia, cientos de miles de vidas son incorporadas indiferentemente en la máquina productiva de la organización del trabajo. Así, el desarrollo tecnocientífico se vuelve un elemento auto-renovador, alfa y omega, de estos proyectos que han perturbado la vida de millones de cientos de miles de personas. Tanto en la organización del encarcelamiento como en la pacificación social de toda una nación y en la planificación de la hecatombe asistimos a la afirmación de un poder que busca siempre una mayor alianza con la eficiencia de la administración de la vida de sus ciudadanos. Si todo esto resulta evidente en el carácter científico de la masacre nazi, entre la liberación ofrecida por el trabajo forzado en las factorías militares, la investigación médica y científica en cobayas humanas y la clasificación matemática de los cuerpos mediante números de serie impresos en la piel, no es tan evidente en el caso del Proyecto Manhatten. Aun así dio trabajo a 130,000 personas y el 90% de los fondos se usó para construir instalaciones industriales y la producción de material fisible. Se fundaron ciudades enteras cuyos oficinas postales se convirtieron en las mas grandes de todo el país. La cuestión bélica palideció ante la demostración de fuerza del sistema industrial estatal, presentándose luego como justificación para imponer marcialidad y disciplina. El Estado dejó rienda suelta a la inversión industrial obteniendo así la creación de miles de puestos de trabajo, el aumento del consumo interno, legitimación política y la afirmación de la propia nación como potencia.

Como se pueden separar los aspectos tecnológico, militar-estatal y económico? Imposible.

Y hoy hasta el dinero consume energía: el bitcoin, la criptomonedas en crecimiento exponencial que ahora vale más que McDonald’s y Walt Disney
en cuanto a capitalización de mercado, consume más electricidad que el
mayoría de países del mundo. Su infraestructura digital, de hecho, requiere
30 terawatios/hora anuales, más que Irlanda.

Hoy, emitir dinero requiere una energía mayor que la consumida por un
año por países europeos como Austria, Croacia o Hungría, y también
mayor a la usada por cualquier Estado africano a excepción de Argelia,
Egipto y Sudáfrica. Una sola transacción de bitcoin usa una cantidad de
energía suficiente para alimentar 10 casas americanas, mientras que la
totalidad de energía consumida por las criptomonedas podría satisfacer la
demanda de 2,79 millones de casas. Hoy día, cada hora se disipan enormes
cantidades de calor a la atmósfera, utilizando el clima y el ambiente como
un vertedero de “residuos térmicos”. Si en el pasado la electricidad que
consumían los centros de datos que gestionan las operaciones con tarjetas
Visa bastaba para satisfacer apenas 50 mil casas (con un número de
transacciones diarias 3000 veces superior respecto al Bitcoin), el progreso y
sus frutos nos conducen hacia una creciente dependencia del mundo de la
extracción, producción y transporte de energía. Así parece evidente que
con la consecución de las innovaciones tecnológicas asistamos con ello a
una disminución de nuestras posibilidades de vivir de forma independiente
respecto al sistema social circundante, porque necesitamos su energía
para poder hacer lo que queramos. También podemos pensar en el hecho
que una empresa concebida como imposible, como aterrizar en la luna,
356.000 km de ida y otros tantos de vuelta por el espacio, se haya realizado
con una potencia de cálculo infinitamente inferior a la de un smartphone
que ahora utilizamos cada día para intercambiar mensajes, y que, en
cualquier caso, dentro de unos años quedará obsoleto por las nuevas
aplicaciones de última hora. Entonces, ¿realmente nos sirve todo esto?

La cuestión es que hemos perdido de vista la dimensión social de lo que nos
rodea. Al igual que un gasoducto no solo son toneladas de acero que
descansan sobre el mundo del mar, sino la materialización de una
organización y de una idea del mundo, las sirenas del progreso y la
innovación ecológica olvidan —o ignoran deliberadamente— el coste social
de determinadas propuestas. Cuando filósofos y ecologistas hablan de
economías ligeras, limpias, renovables, informatizadas, olvidan el lado *hard* de su mundo *soft*.

Por poner un ejemplo, partiendo siempre del mundo de la energía, la industria minera consume entre el 7 y el 10% de la energía eléctrica mundial. La producción de *ordenadores* y *smart cities* necesita minas gigantescas e inmensas cantidades de fuerza de trabajo, provocando contaminación y montañas de residuos. Por no hablar de las baterías, elemento imprescindible para la acumulación de energía, especialmente con las fuentes renovables no constantes (solar, eólica, etc). Todo ello sumado a la lógica cuantitativa de crecimiento permanente, obtenemos una masa espeluznante de artilugios electrónicos y electrodomésticos de todo tipo, que con cada nueva “generación” terminarán en vertederos, con todos los materiales tóxicos que contienen.

A esta pérdida de sensibilización respecto al precio social de nuestro modo de vida no solo contribuye una cierta aquiescencia en el sueño de la conciencia provocado por el mito moderno del *progreso*. El modo en que se desarrolla espacialmente la propia organización social tiene un importante peso en todo esto.

Se nos dice que para ahorrar agua hay que acortar las duchas, cuando la mayor parte del agua consumida per-cápita en un país se usa para producir mercancías importadas, producidas en otros países consumiendo el agua de otros lugares. En el mundo de la logística y de la *supply chain*, las responsabilidades se confunden entre espacio y tiempo. Pero frente a las responsabilidades específicas, de empresas concretas, el balance de emisiones contaminantes se realiza Estado por Estado, creando la ilusión de que todos nosotros tenemos una responsabilidad en ello, y que con pequeños gestos cotidianos podremos proteger el Planeta. La cuestión es que responsabilidad tenemos, pero no por dejar la luz encendida “<x>” tiempo. Somos responsables de querer seguir viviendo en un sistema que no pone límites a su afán por explotar y arrasar el medio que nos rodea. Y en lugar de encontrar la responsabilidad en nuestro modo de vida social, nos quedamos en casa y sepamos cuidadosamente el vidrio del plástico. Quizá el punto sea dejar de producir plástico, por ejemplo. No como
movimiento de tendencia ecologista, sino como rechazo de este mundo y su industria.

Por eso hablar de energías renovables, ahorro energético, transición digital, decrecimiento... dentro de este sistema social, no puede ser sino un continuo juego de engaños. Porque la reforma, parcial, no puede hacer más sostenible este mundo. Su insostenibilidad está inscrita desde siempre en sus raíces y en su lógica.

L.B.

Chispas, todavía?

Ha pasado casi un año desde un hecho aparente insignificante: la chispa que encendió la lucha contra el TAP haciéndola salir del ámbito simbólico en el que se encontraba hasta ese momento, y superando a quienes se habían autopropuesto como únicos opositorxs. Días emocionantes en los que una pequeña parte de la población, con su determinación e imaginación, puso un palo entre las ruedas de la máquina devastadora, tomando las riendas de su propia oposición a la obra y dejando de confiar en papeles sellados y en la política que, con el paso de los años, han mostrado su ineficacia. Ha sido necesario toda la fuerza de la política —de arriba como de abajo— para reconducir una protesta que parecía querer, y poder, radicalizarse. Una política variada, compuesta por aspirantes a líder listxs para subir al nuevo escenario a plantar su bandera o imponer su supremacía; todxs el/llxs se congregaron en la zona San Basilio, también lxs que hasta el día antes de las protestas ni siquiera sabían del proyecto de un gasoducto en Salento ni conocían el camino para llegar.

En este año el TAP ha seguido con sus trabajos sin que aquella determinación inicial volviese a ser incisiva, pero todavía no se ha perdido. ¿Seremos capaces de dejar atrás la política y las peticiones selladas? ¿Seremos capaces de oponernos de forma concreta y valiente? ¿Todavía seremos capaces de invertir el rumbo?

Intentarlo es lo mínimo que se puede hacer.
¡Que cambie el viento!

«La industria eólica no es más que la prosecución industrial con otros medios. En otras palabras, una crítica pertinente de la electricidad y de la energía en general no puede ser sino la crítica de una sociedad para la que la producción masiva de energía es una necesidad vital. El resto es solo una ilusión: una aprobación enmascarada de la situación actual que contribuye a mantenerla en sus aspectos esenciales.»

Le vent nous porte sur le système, 2009

Una noche de tormenta. Las descargas eléctricas iluminan el cielo mientras los truenos parecen anunciar el fin del mundo. Si esa noche del 1 de junio de 2018 en Marsanne (Drôme) no fue el fin del mundo, sí pasó algo, más bien dos cosas, que tuvieron un destino inesperado: dos turbinas eólicas fueron atacadas. Una ardió por completo y la otra resultó dañada. Las pandoras furiosas y el grupo RES solo pudieron constatar marcas del forzamiento en las dos puertas de entrada de las gigantescas torres sobre las que se asientan la turbina y las aspas de estos monstruos industriales de energía renovable. Dos menos, de los varios miles instaladas en Francia en la última década. O más bien tres, si contamos el fuego en la de meseta de Aumelas, no lejos de Saint-Pargoire (Hérault), cuatro días más tarde, por una de esas coincidencias del calendario que a veces hace que las cosas salgan bien.

Que estos molinos no tienen nada que ver con los pintorescos molinos de viento de antaño —que, por cierto, en la mayoría de los casos eran importantes fuentes de acumulación para el notable más o menos local, atrayendo a menudo la ira de los campesinos– es algo que resulta evidente. Pero entonces, ¿por qué los Estados de muchos países fomentan la instalación de estos "parques eólicos" en las cimas
de las colinas, en los valles y hasta en el mar? Esto no puede ser debido a cálculos matemáticos porque ni siquiera los ingenieros pueden modificar todas las cifras, y tienen que admitir que los aerogeneradores no funcionan más del 19% del tiempo en un año (un factor de capacidad muy inferior al de las centrales nucleares, que alcanzan el 75%, o al de las centrales de carbón, que están entre el 30 y el 60%). Tampoco puede ser porque queramos convertir todo el mix energético en "renovable", ya que esto es sencillamente imposible al mismo ritmo de consumo de electricidad (para Francia, esto supondría poner un aerogenerador cada 5 km²). Tampoco puede ser por la preocupación por el "medio ambiente", a no ser que uno se deje engañar por el discurso smart de las tecnologías limpias, ya que solo la producción e instalación de los aerogeneradores (por no hablar de la red eléctrica centralizada a la que deben conectarse) implica la extracción de materiales escasos y tóxicos, barcos que devoran petróleo para transportar los minerales, enormes fábricas para procesarlos, autopistas para transportar las piezas, etc. Tampoco puede ser para poner trabajas a las grandes multinacionales de la energía que han acumulado fortunas con el petróleo y el gas, pues son estas mismas empresas las que están invirtiendo masivamente en energías renovables. No, así no comprenderemos nada, tenemos que encontrar otra explicación.

Para empezar, descartemos todas la charlatanería ambientalista y ecológica esgrimida ya no solo por los ciudadanos ejemplares, sino también por casi todas las empresas, todos los estados, todos los investigadores. No hay ninguna "transición energética" en marcha, nunca la ha habido en la historia. Digan lo que digan los queridos empleados de las start-ups tecnológicas, nunca se ha abandonado la explotación de la fuerza muscular humana... La generalización del uso del petróleo no llevó al abandono del carbón. La imposición de la energía nuclear no supuso la desaparición de las centrales eléctricas "clásicas" de gas, petróleo o carbón. No hay transiciones, solo adiciones. La búsqueda acelerada de nuevos recursos energéticos responde únicamente a intereses estratégicos, y desde luego no
éticos. En un mundo que no solo depende de la electricidad, sino que es hiperdependiente de ella, es necesario diversificar las formas de producirla. Para aumentar la resiliencia del suministro, que es de vital importancia en un mundo conectado que funciona con flujos en tiempo real a todos los niveles, la consigna es diversificar y multiplicar las fuentes, también para hacer frente a los famosos "picos de consumo" que, por razones técnicas, no pueden ser satisfechos por un solo tipo de producción de energía (como la nuclear, por ejemplo). De ahí el desarrollo no solo de la energía eólica y solar, sino también de centrales de biomasa, de colza modificada genéticamente para su uso como biocombustible (¿qué acrobacias permite el lenguaje del mundo tecnológico!), de nuevos tipos de centrales nucleares, de materiales conductores producidos gracias a la nanotecnología que reducen las pérdidas en forma de calor en el transporte de la electricidad, y lista no termina aquí.

Por ello, no es de extrañar que la energía sea uno de los tres ámbitos designados por los programas de investigación europeos financiados en el marco de "Horizon 2020", uno sea la energía.

Pero entonces, ¿qué es la energía y en qué consiste la cuestión energética en general? Como se ha puesto de manifiesto en muchas luchas pasadas, en particular las llevadas a cabo contra la energía nuclear, la energía es un eje fundamental de la sociedad estatal y capitalista industrializada. Si la energía significa producción, la producción permite el beneficio a través de la mercantilización; si la energía significa potencia, la potencia permite la guerra, y la guerra significa poder. El poder que otorga el control de la producción de energía es inmenso. Para darse cuenta, los Estados occidentales no esperaron a la crisis del petróleo de 1973 –que es cuando se hizo evidente su dependencia de los países productores de petróleo– para seguir su propia agenda de poder. Este fue uno de los principales motivos de varios Estados, entre ellos Francia, para justificar la proliferación de centrales nucleares: tener una relativa independencia energética y utilizarla como arma para obligar a otros países a mantenerse en la línea. Pero hay algo que quizás sea aún más
importante, y es ahí donde la crítica de la energía nuclear y de su mundo nos permite captar toda la magnitud del papel de la energía en la dominación: la energía nuclear confirma que solo el Estado y el capital deben tener la capacidad de producir energía, que esta capacidad representa una relación ligada al grado de dependencia de las poblaciones, y que cualquier estallido revolucionario que quiera transformar radicalmente el mundo tendrá que vérselas con estos gigantes de la energía. En resumen, energía significa dominio. Como señalaba un documentado ensayo crítico de hace unos años que relacionaba la cuestión de la energía nuclear con la eólica: "la mayor parte de la energía que se consume hoy en día se utiliza para hacer funcionar una maquinaria que esclaviza, de la cual queremos salir.

Sin embargo, incluso entre los enemigos de este mundo, plantear la cuestión de la energía suele suscitar como mínimo cierto embarazo. Asociamos fácilmente la energía con la vida siguiendo el ejemplo de los especialistas de la energía, los cuales han contribuido en gran medida a la difusión de una visión que explica todos los fenómenos vitales por medio de transferencias, pérdidas y transformaciones de energía (química, cinética, termodinámica, etc.). Así, el cuerpo no sería más que un conjunto de procesos energéticos, al igual que una planta no sería más que un conjunto de transformaciones químicas. Otro ejemplo de cómo un constructo ideológico influye -y a su vez es influido por- las relaciones sociales, es la actual asociación entre movilidad, energía y vida. Moverse constantemente, no quedarse quieto, "ver países" saltando de un tren de alta velocidad a un avión de bajo coste para cruzar cientos de kilómetros en un abrir y cerrar de ojos, es un nuevo paradigma de "éxito social". Viaje, descubrimiento, aventura o lo desconocido son palabras que ahora ocupan un lugar destacado en todas las pantallas publicitarias, destruyendo mediante una asimilación distorsionada toda una parte de la experiencia humana, reducida a visitas rápidas y sin riesgo a lugares habilitados para ello. Hasta el punto de hospedarse en habitaciones de desconocidos debidamente controlados, garantizados y explotados por los registros y bases de
datos de una plataforma virtual. Quizá por eso también las mejillas se sonrojan o los labios empiezan a temblar cuando alguien se atreve a sugerir que habría que cortar la corriente a este mundo.

Superar este embarazo no es fácil. Todo un abanico de propaganda estatal nos advierte constantemente con imágenes de guerras reales, sobre lo que significaría la destrucción del suministro de energía. Sin embargo, un pequeño esfuerzo para librarnos de las quimeras que rondan nuestras cabezas sería un paso necesario. Las ciudades modernas no pueden prescindir de un sistema energético centralizado, ya sea producido en centrales nucleares, nanomateriales o turbinas eólicas. La industria no puede privarse del consumo de ingentes cantidades de energía. Lo peor –y que en parte ya está sucediendo no solo en las luchas contra la gestión de la energía y la explotación de los recursos, sino también contra el patriarcado, el racismo o el capitalismo– es que para no quedarse desabastecidos ante un futuro turbio e incierto, la investigación y experimentación de la autonomía alimenten el progreso del poder. Puede que las turbinas eólicas experimentales en las comunidades hippies de los años 60 en Estados Unidos hayan tardado en entrar en el ámbito industrial, pero ahora son un vehículo importante para la reestructuración capitalista y estatal. Tal y como se resume en un texto reciente en el que se esbozan las perspectivas de lucha, basándose en los conflictos actuales en diferentes partes del mundo en torno a la cuestión energética:

"Ciertamente, a diferencia del pasado, es posible que en este tercer comienzo de milenio el deseo de subversión se cruce con la esperanza de supervivencia en el mismo terreno, el que pretende obstaculizar e impedir la reproducción técnica de lo existente. Pero es un encuentro destinado a convertirse en un enfrentamiento, porque es evidente que una parte del problema no puede ser al mismo tiempo parte de la solución. Para prescindir de toda esta energía, que necesitan sobre todo los políticos y los industriales, hay que querer prescindir de quienes la buscan, la explotan, la venden y la utilizan. Las necesidades energéticas de toda una civilización –la del dinero y el
poder—no pueden cuestionarse solo por el respeto a los olivos centenarios, a los ritos ancestrales o por la salvaguarda de unos bosques y playas ya muy contaminados. Solo una concepción diferente de la vida, del mundo y de las relaciones puede hacerlo. Solo esto puede—y debe—cuestionar el uso de la energía y sus falsas necesidades, y por lo tanto también sus estructuras, poniendo en entredicho/cuestionando/ desafiando la sociedad misma."

Y si esta sociedad titánica se dirige al naufragio, reduciendo o destruyendo en el proceso cualquier posibilidad de vida autónoma, cualquier vida interior, cualquier experiencia singular, asolando la tierra, intoxicando el aire, contaminando el agua, mutilando las células... ¿Creemos realmente que sería inapropiado o demasiado arriesgado sugerir que para socavar la dominación, para mantener alguna esperanza de abrir horizontes desconocidos, para dar algún espacio a la libertad desenfrenada, socavar los fundamentos energéticos de esa misma dominación podría ser una vía muy valiosa?

Pensemos en lo que tenemos delante y a nuestro alrededor: en todo el mundo se producen conflictos inherentes a la explotación de los recursos naturales o contra la construcción de estructuras energéticas (parques eólicos, centrales nucleares, oleoductos y gasoductos, líneas de alta tensión y centrales de biomasa, campos de colza modificados genéticamente, minas,...). Todos los Estados consideran estos nuevos proyectos, además de las infraestructuras energéticas ya existentes como "infraestructuras críticas", es decir, esenciales para el poder. Dada la centralidad de la cuestión energética, no sorprende leer en el informe anual de una de las agencias más reputadas para el seguimiento de las tensiones políticas y sociales en el mundo (subvencionada por gigantes compañías de seguros a nivel mundial) que de todos los atentados y sabotajes denunciados como tales, perpetrados por actores "no estatales", de todo tipo de ideologías y convicciones, el 70% se dirigió a las infraestructuras energéticas y logísticas (es decir, torres,
transformadores, oleoductos y gasoductos, estaciones base, líneas eléctricas, depósitos de combustible, minas y ferrocarriles)

Por supuesto, las motivaciones de quienes luchan en estos conflictos son muy diversas. A veces son reformistas, a veces ecologistas, a veces son indígenas o religiosas, a veces son revolucionarias, y a veces son simplemente para fortalecer los cimientos de un Estado – o de un futuro Estado. No es nuestra intención descuidar el desarrollo, la profundización y la difusión de una crítica radical de todos los aspectos del dominio; lo que queremos destacar aquí es que dentro de algunos de estos conflictos asimétricos también se puede propagar un método de lucha autónoma, auto-organizada y de acción directa, introduciendo de facto las propuestas anarquistas en este ámbito. Más allá del potencial insurreccional de los conflictos en torno a los nuevos proyectos energéticos, que tal vez sugieran la posibilidad de una revuelta más amplia y masiva contra estas nocividades, está claro en cualquier caso que la producción, el almacenamiento y el transporte de toda la energía que esta sociedad necesita para explotar, controlar, hacer la guerra, subyugar y dominar, depende inevitablemente de toda una serie de infraestructuras dispersas por el territorio, lo cual favorece la acción dispersa en pequeños grupos autónomos. Si la historia de las luchas revolucionarias está llena de ejemplos muy indicativos de las posibilidades de acción contra lo que hace funcionar la maquinaria estatal y capitalista, un vistazo a las cronologías de sabotaje de los últimos años muestra que el presente en nuestros países tampoco está desprovisto de ellos. Deshacerse del embarazo, mirar hacia otro lado y de forma diferente, experimentar con lo que es posible y lo que se intenta, estos son algunos caminos a explorar. Nadie puede predecir a que puede llevar esto, pero una cosa es segura: es parte de la práctica anarquista de la libertad.
Alma e ingenieros

«Nuestros tanques no valen nada si las almas que tienen que conducirlos son de arcilla. Por eso digo: la producción de almas es más importante que la de tanques [...]. El hombre es transformado por la vida y vosotros tenéis que ayudarlo en la transformación de su alma [...] por eso brindo por vosotros escritores, porque sóis ingenieros de almas».

Josif Stalin, 26 octubre 1932

El viejo dictador del capitalismo de Estado soviético lo sabía bien.

Los medios técnicos no valen nada si las almas que deben hacerlos funcionar no están convencidas de su necesidad y utilidad. La producción de estas almas es más importante que la de los mismos medios técnicos. El ser humano es transformado por el progreso, por lo que hay que ayudarlo a aceptar este progreso, sin oponerse a su curso, transformando también su alma. Por eso la industria y el Estado necesitan expertxs y periodistas, porque son lxs ingenierxs de almas en una sociedad en la que (casi) ya nadie lee romances ni poesía.

Son elxxs, con sus pericias técnicas y su propaganda mediática, lxs que construyen el alma humana mas adecuada para el desarrollo industrial, obediente a la razón de Estado y condescendiente con el beneficio de la economía. Esa que no se esfuerza en cuestionarse en la crítica sino que se relaja en dejarse llevar por el consenso. Las palabras de lxs ingenierxxs de almas invaden el cerebro, ocupan la memoria, plasman las ideas. Repetidas día tras día, nos transforman, modelan y configuran, hasta que nos encontremos a nosotrxs mismxs masculando: “el gas es una fuente de energía limpia y segura, ¿acaso preferís la nuclear?”... “hay que hacer grandes obras porque sirven a la colectividad”...

A propósito, ¿cómo está vuestra alma?
LA INICIATIVA TUVO LUGAR
EN LECCE, ITALIA, EN MARZO DE 2019

contacto: dilucepropia@riseup.net
En la cabeza de las personas, Energía es lo que permite calentar la casa, hacer que funcione la nevera o la televisión. Una solución práctica, simple e inmediata. En esta mentalidad común la energía es la base de todo el bienestar, y su ausencia sólo puede hacer caer a la civilización en la barbarie. Pero debería ser lo suficientemente obvio que las centrales nucleares no se construyen para permitir que la gente lea ensayos filosóficos cuando cae la noche. La cuestión energética es ante todo una cuestión industrial, además de militar. Su repercusión en los ámbitos “civil” y “doméstico” es un hecho totalmente secundario y poco relevante. La acumulación y el aumento de fuentes de energía responden exclusivamente a la acumulación de capital y al aumento del dominio. Esto significa que hoy es imposible criticar el uso de una fuente de energía sin cuestionar toda la civilización. Quienes quieren eólicos en lugar de carbón, quienes piden al Estado que ahorre energía y favorezca el uso de “energías dulces” siguen engañándose sobre la posible existencia de un poder que no sea nocivo.